

La luz es siempre más veloz que el trueno

Jorge Esquinca

Desde el puerto de Manzanillo, en el Estado de Colima, un hombre dice: "Aquí termina lo que llamamos Occidente. Del otro lado está China". Así, desde el mirador propio de quien se sitúa en la costa del Pacífico mexicano, el poeta Jorge Esquinca teje un escrito fragmentario y elusivo sobre los entrecruzamientos a que da pie la fascinación y perplejidad ante la cultura del gran país asiático.

Un occidental decide tener su primera experiencia con hongos *pajaritos*. Le sirven la infusión en una taza de porcelana de vago origen chino. La bebe despacio reclinado en una banca de piedra que hace las veces de mirador en la orilla de la laguna. El día es transparente. Mira en la lejanía los cerros y las nubes. Ha decidido que usará el poder del hongo para ver un dragón en las nubes. Se aplica. Dirige la mirada a una nube grande, luego a otra. Nada. Lo distrae el tamborileo de un pájaro carpintero. Al volver la vista hacia el horizonte nota que las nubes se han reunido y forman un inmenso dragón alado. Que se acerca. Cuando concen-

tra la mirada advierte que puede penetrar en el diseño del blanco dragón. Las plumas y las escamas que lo conforman están, a su vez, hechas de seres diminutos. Figuras de elegantes dignatarios chinos en poses hieráticas. Cientos. El pájaro carpintero vuelve a repique-tear en el tronco del pino. La visión se disipa. Semanas después acude con sus hijos al museo que acaban de montar en la ciudad. Se anuncia una colección de objetos extraños, sorprendentes. Al entrar se topa con una gran vitrina. En su interior hay un colmillo de elefante finamente tallado con figuras de elegantes dignatarios chinos en poses hieráticas.

Instalado en la terraza de un café en el puerto de Manzanillo, mira el mar y dice: “Aquí termina lo que llamamos Occidente. Del otro lado está China”.

...examinaba por casualidad unos objetos de procedencia olmeca, jarros de barro, estatuillas y otros elementos, cuando creyó notar una gran semejanza entre las inscripciones grabadas en esos objetos y la escritura china arcaica, es decir, los ideogramas o pictogramas que usaron los chamanes y adivinos de China en tiempos muy antiguos.

Atraviesa las finas membranas del sueño y se encuentra caminando por el centro de la ciudad occidental. Conforme avanza le pica la nariz el olor punzante de la comida que se prepara entre nubes de vapor en inmensos

peroles relucientes. Intenta leer los signos desconocidos que ostentan las marquesinas de los restaurantes y las tiendas de conveniencia que se multiplican conforme avanza. Figurillas de emperatrices, princesas, concubinas finamente ataviadas en los escaparates. Severos dignatarios. Animales fantásticos. Utensilios de vaga procedencia china. Gatos dorados que incesantemente agitan su pata derecha. Entra. Tras el biombo de bambú la bailarina le obsequia una bolsa de *fortune cookies*. “La luz es siempre más veloz que el trueno”.

Un occidental decide tener su primera experiencia con hongos *pajaritos*. Le sirven la infusión en una taza de porcelana de vago origen chino. El lugar es amable. Muros blancos y sillones cómodos. Bebe despacio. Hay una pareja de ajolotes (*Ambystoma mexicanum*) inmóviles en una pecera rectangular. Llama su atención un punto luminoso que comienza a destacarse en un rincón del cielo raso. Es un faro, una señal de orientación en el mar de lo blanco. Un prisma. Que se divide. Impresiones de



guerreros o danzantes vistas en algún códice prehispánico se multiplican, cubren la superficie y reunidos conforman la figura de un gigantesco Buda. Que se divide. Un mar de espumas encrespadas, un torbellino, un vórtice. El punto luminoso es el ojo de una ballena. Moby Dick emerge y salta de este a oeste. Vuelve a sumergirse. El cielorraso se agita, es un pulso, una respiración. Es el lomo de un venado que mira de frente y se escapa hacia una pradera de infinita blancura. En la mesa, la pareja de ajolotes ha pasado a través del vidrio, tienen medio cuerpo dentro y medio cuerpo en el exterior de la pecera.

* * *

Desde el balcón, en el séptimo piso, mira el mar de Manzanillo. A sus espaldas, desde la tornamesa, una voz de mujer canta. *China all the way to New York maybe you got lost in Mexico you're right next to me I think that you can hear me funny how the distance learns to grow...*

* * *

Octubre de 1996. Exposición de arte olmeca en la Galería Nacional de Arte de Washington D. C. Ofrenda número 4. *Consiste en 15 estatuillas de figuras humanas, labradas en jade o en piedra serpentín, como de 15 centímetros de altura y dispuestas en semicírculo frente a otra figura tallada en roca arenisca roja. Fue así como se hallaron en una excavación hecha en La Venta.* Detrás de esta figura se encontraron una serie de artefactos llamados “celtas” por los arqueólogos, utensilios de piedra que se usaban como cinceles. *Y en esos celtas había inscripciones semiborradas por el tiempo. “¿Entiendo lo que dice ahí!”, exclamó Cheng Hanping con exultación y sorpresa al ver las inscripciones. Y agregó: “Dice: El soberano y sus capitanes establecen la fundación de un reino”.*

* * *

Atraviesa las membranas frágiles del sueño. Faroles rojos de papel con inscripciones doradas. Jarrones, tibores decorados con dragones y paisajes: un trozo de muralla, montañas, caseríos. Flores de duraznos y cerezos. Los altos guerreros de terracota hacen guardia. Ninguno lleva un arma. Detrás de la alambrada comienza LA CIUDAD PROHIBIDA. Un enorme letrero de neón así lo anuncia. Dos leones de yeso flanquean la entrada. Llevan la cabellera ensortijada y sobre el pecho lucen enormes moños de color púrpura. Una ciudad dentro de otra ciudad. Cruza el puente para entrar al templo. Mira de reajo

los peces anaranjados del estanque. En el interior le aguarda su antigua novia, la reconoce por sus pies descalzos que asoman bajo la larga falda de seda. Su cabello dorado brilla en la penumbra de lámparas opacas. Le pide un beso, sólo uno. “No puedes negarte, estás en mi sueño y debes complacerme”. “Puedo hacer otra cosa” —replica ella—. “¿Qué?”. “Despertarte”.

* * *

Un occidental decide tener su primera experiencia con hongos *pajaritos*. Le sirven la infusión en una taza de vago origen chino. La bebe despacio. Mareo. Náuseas. Le indican que se recueste directamente sobre el pasto del jardín. Mientras está ahí, boca abajo, le arrojan una cáscara de dátil. La mira. Es una inmersión. Hay en ella un pequeño cosmos, perfectamente organizado. Es una revelación del orden profundo en el que todo resulta un acorde, inexplicable, pero cierto. La hoja de la palmera está ahí para que la garza llegue y se pose en el momento preciso. El destino de la garza es llegar a posarse en esa hoja en ese momento. Las voces, las risas nunca sonaron mejor. Nada, nadie es más ni menos de lo que es. La individualización se reduce a cero. Se forma parte de algo y se está bien con eso. Un sentimiento de fraternidad sin fronteras. Con los ojos cerrados observa el interior de su cuerpo, el fino entramado de venas y arterias, el corazón —“vaso y centro”—, el mismo orden inescrutable prevalece. Nada necesita ser comprobado. Todo es, infinitamente...

* * *

Frente al mar de Manzanillo, la tornamesa gira. Oleadas de calor que mitiga un viento suave. Es casi el atardecer. Las nubes comienzan a formar cúmulos en la línea del horizonte. *I can feel the distance I can feel the distance I can feel the distance getting close...*

* * *

Contaba Chuang-Tzu: “Los que sueñan no saben que sueñan. En el mismo sueño tratan de interpretar y comprender sus sueños. Al despertarse ven que no ha sido más que un sueño. Sólo con un gran despertar se puede comprender el gran sueño que vivimos”. **U**

Referencias: Francisco González Crussí, *Horas chinas. Tradiciones, impresiones y relatos de una cultura milenaria*, Siglo XXI, 2007; Tori Amos, *Little Earthquakes*, Wea Internacional, 1992; *Chuang-Tzu*, traducción de Carmelo Elorduy, Monte Ávila Editores, 1991.